



mentarietat entre les formes d'ocupació de la plana al·luvionària de la Tet –la *Salanque*– i les terrasses que delimiten la vall pel seu vessant meridional, tant pel que fa a les característiques ocupacionals d'una zona i de l'altra com per l'explotació de diversos recursos que aporten riquesa i varietat de productes i materials.

Finalment s'esmenta la participació de més de 200 persones en les diferents tasques realitzades al llarg de la recerca i tanca l'obra una extensa bibliografia, dominada per aportacions franceses i unes poques d'altres procedències europees entre les quals en trobem algunes de catalanes.

Des del nostre punt de vista, estem davant d'un text de referència, tant pel rigor en l'aspecte metodològic —tractament i anàlisi de les fonts emprades i esforç interdisciplinari— com pel seu contingut múltiple i integrat, que inclou l'anàlisi del territori, l'estudi de l'hàbitat, la recerca sobre formes d'enterrament, les anàlisis antropològiques i els estudis de materials.

*Marta Sancho*

---

**DÍAZ-ANDREU, Margarita**, *A World History of Nineteenth-Century Archaeology. Nationalism, Colonialism, and the Past*, Oxford Studies in the History of Archaeology, Oxford University Press, Oxford, 2007, 486 p., ISBN: 978-0-19-921717-5.

---

M. Díaz-Andreu planteja un anàlisi de las implicaciones académicas, sociales y políticas de la arqueología (entendiendo como tal la investigación estricta, pero también el coleccionismo de obras de arte) entre finales del siglo XVIII y el inicio de la Primera Guerra Mundial, período durante el cual la formación y expansión de los imperios coloniales constituyó uno de los elementos clave en el discurso ideológico de los estados europeos. Su trabajo continúa la línea marcada por estudios suyos anteriores, esencialmente *Nationalism and Archaeology in Europe* (Díaz-Andreu & T. Champion [eds.], 1996) y *Excavating Women. A History in European Archaeology* (Díaz-Andreu & M. L. S. Sorensen, 1998), en los que combinaba el análisis historiográfico de diferentes aspectos y personajes clave de la arqueología europea desde la perspectiva de la organización de las redes sociales entre investigadores, con la reflexión sobre las implicaciones de la arqueología como ciencia en la definición y defensa de diferentes credos políticos, y el papel de la mujer en la investigación. La síntesis de los estudios citados muestra que las derivaciones imperialistas de la arqueología durante el auge del colonialismo no se alejan de otras formas de empleo de los datos por parte de las dictaduras totalitarias a lo largo del siglo XX, reflejadas desde una visión academicista y con múltiples enfoques en los trabajos de Jean Chapoutot (2008); Bettina Arnold (1990); Heather Pringle (2007); Legendre, Olivier



y Schnitzler (2007), o Alain Schnapp (1981 y 1993), entre otros, y que cuentan en España con los primeros intentos de plantear dichos problemas en las actas del coloquio *Antigüedad y franquismo (1936-1975)* (2003).

En la primera parte (capítulos 2-4) se analiza el impacto de las llamadas «antiguas civilizaciones», esencialmente de Europa y el Próximo Oriente, en la formación del discurso artístico de los estados europeos durante el período de la Revolución francesa, el Imperio napoleónico y el retorno a las monarquías absolutas derivado de las resoluciones del Congreso de Viena de 1815. No se trataba sólo de la aplicación de los referentes artísticos del neoclasicismo, del impacto de los trabajos de Winckelmann, o de la difusión de los primeros trabajos en los conjuntos de Pompeya y Herculano, con la intención de crear un corpus de conocimiento que cualquier miembro de la élite social europea debía conocer durante su etapa de formación. Un periplo de aproximación a la antigüedad que en la Inglaterra de 1800 se conocía con la expresión *Grand Tour*, especie de viaje iniciático a las raíces de la cultura clásica y del establecimiento de las bases de un discurso ideológico que determinaba y fijaba los referentes culturales occidentales. Dicha aproximación a las pruebas materiales de un pasado sublimado, a través de las obras clásicas y la creación literaria, dio origen al primer modo de colonialismo cultural: el coleccionismo o anticuarismo, compra —no exenta en muchas ocasiones de rapiña— de obras de arte destinadas a la formación de las primeras colecciones de antigüedades privadas y, sin solución de continuidad, de los grandes museos nacionales origen de los principales centros museísticos europeos actuales, una parte de cuyas colecciones son por ello reclamadas insistentemente por los gobiernos de sus lugares de origen, dando lugar a la mayoría de los procesos de devolución actuales, sólo comparable a las demandas interpuestas como consecuencia del expolio nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Relacionado con los centros nacionales citados, exponentes en sí mismos del prestigio político y económico de las nuevas naciones, se cuenta el descubrimiento del «sueño oriental», el mítico Egipto, Palestina y Mesopotamia, a partir de la expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto, un fracaso geoestratégico y militar cuyo único resultado tangible se considera el nacimiento de la egiptología moderna, pero que incluyó también el saqueo pormenorizado del patrimonio arqueológico del territorio, hasta el extremo de ser incluidas algunas de las piezas así obtenidas en las cláusulas del tratado de evacuación de las tropas francesas tras su derrota frente al ejército británico. No era, con todo, la primera vez que esto sucedía. Las victorias francesas durante las dos campañas de Italia (1796-1800), que expulsaron a los austríacos de la Península y sirvieron para cambiar los gobiernos de las ciudades italianas, constituyeron también la mayor fuente de dotación para el museo nacional del Louvre, inaugurado en 1793. El empleo ideológico de un pasado heroico y glorioso como base del nacionalismo se ejerció también durante las guerras de independencia de Grecia y de las colonias españolas en América Latina, cuando un discurso político esencialmente conservador no dudó en utilizar los supuestos rasgos de identidad cultural de la antigua Hélade y las comunidades prehispánicas como símbolos identitarios de cohesión social frente a los Imperios otomano y español.

La segunda parte del libro (capítulos 5-7) analiza cómo el final de las guerras de independencia en Europa no supuso ni el fin de los nacionalismos, ni la renuncia a la utilización de la arqueología con fines políticos. La autora denomina «imperialismo informal» a la potenciación de las expediciones e intervenciones arqueológicas desarrolladas por las potencias occidentales (Gran Bretaña, Francia, Rusia, Alemania, Italia y Estados Unidos, esencialmente) en Grecia y Oriente Medio buscando definir el ideal de las raíces clásicas de la civilización occidental. Corresponden a este período, que se prolongará hasta las últimas décadas del siglo, la creación de las misiones permanentes y las llamadas «escuelas» en Atenas, y el reparto de concesiones en los principales yacimientos arqueológicos clásicos, desde Olimpia a Delfos, donde investigadores de distintos países se afanaron por reconstruir la historia de la Grecia clásica a través de la arqueología. Algo similar sucederá en los territorios controlados por el Imperio otomano, donde los arqueólogos europeos se convertirán no sólo en las referencias científicas, sino que desarrollarán tareas de información política, militar y económica, cuyas últimas consecuencias serán la atribución de extensos territorios en Mesopotamia y el Próximo Oriente a las potencias vencedoras en la Primera Guerra Mundial. Egipto será un caso aparte, emblemático en la definición de la arqueología colonial. Un territorio en el que figuras como Belzoni, Lepsius, Curtius y Mariette representarán al mismo tiempo las poliédricas y claroscuros caras de la investigación arqueológica y sus implicaciones políticas. A mediados del siglo XIX, el fenómeno de la arqueología colonial no se circunscribía ya al área de la cuenca mediterránea y sus territorios limítrofes, sino que respondía a un planteamiento a escala mundial. Investigadores de Estados Unidos y Gran Bretaña trabajaron en América Central y América Latina; las llamadas «Guerras del opio» y las concesiones internacionales acordadas por los últimos emperadores de China permitieron el acceso a un vasto territorio prácticamente inexplorado al que se sumaron los territorios de la actual Corea y, después de su apertura a Occidente tras el incidente del comodoro Perry, de Japón. La arqueología devendrá así un proceso globalizado —y globalizador— en el que la obtención del conocimiento se organizará para revertir esencialmente en el mundo occidental.

La tercera parte (capítulos 8-10) define el concepto de arqueología colonial, esencialmente británica y francesa, a partir de la aplicación de las ideas imperiales durante la era Victoriana, y el concepto de la extensión de una raza superior europea cuya misión esencial era conseguir la civilización del mundo según sus parámetros ideológicos y económicos. Uno de los campos de actuación principal se desarrollará en el subcontinente indio, la *joya de la corona* del Imperio británico, en la que tanto el Gobierno como la todopoderosa Compañía de la Indias apoyarán una política sesgada de estudio del pasado del territorio que, de hecho, ya había sido iniciada por holandeses y franceses hasta que sus enclaves coloniales fueron absorbidos por Gran Bretaña. En la India, como también en Camboya y la Indochina francesa, los estudios arqueológicos se mezclarán con el análisis etnológico y etnográfico desde una perspectiva evidentemente occidental, puesto que, en organismos como el Archaeological Survey of India, la participación de nativos será escasa hasta principios del siglo XX, y siempre con cometidos secundarios o de apoyo logístico. En el África

del Norte bajo dominio francés, la investigación arqueológica, que se prolongará bajo parámetros coloniales hasta los procesos de independencia de Marruecos, Túnez y Argelia tras la Segunda Guerra Mundial, incluyó una dicotomía interesante al sumar al análisis de los yacimientos, esencialmente de épocas romana y bizantina, un componente religioso derivado del islamismo de los territorios, proceso que contribuyó a crear dos visiones separadas: el estudio del pasado preárabe del territorio, en el que tuvieron un papel destacado los miembros de las congregaciones religiosas cristianas, ya que uno de sus intereses se centraba en el estudio de la expansión del cristianismo en la zona, y la realidad cultural de la mayoría de la población, cuya cultura tenía pocos elementos de referencia en los objetivos de estudio. La cercanía a la metrópoli y la presión europeizante desarrollada tras el inicio del control del territorio en 1830, motivaron el surgimiento en el África del Norte francesa de uno de los núcleos más importantes de la arqueología colonial, cuyos resultados se expresaron no sólo en la creación y mantenimiento de diversas series de publicaciones, sino también en elementos de referencia que muestran su impacto en los círculos científicos occidentales, como la celebración en Argel, en 1930, del V Congreso Internacional de Arqueología Clásica. El modelo europeo constituirá también la base de estudio en otros territorios como África del Sur, Indonesia y el Pacífico, aunque la inexistencia en ellos del clasicismo imperante en otras zonas motivará que los objetos de estudio se vinculen al análisis prehistórico y etnográfico de sociedades contemporáneas, desde visiones antropológicas, como base de un proceso explicativo de las sociedades preproductoras, una vía de estudio que la antropología, esencialmente la de obediencia anglosajona, profundizará durante la primera mitad del siglo xx.

La cuarta parte (capítulos 11-13) analiza el desarrollo de las llamadas «arqueologías nacionales» en Europa. Si bien la expansión militar de la Revolución francesa contribuyó al auge del anticuarismo, no sirvió para crear una arqueología «nacional» orientada a la investigación del pasado del propio territorio, pero sí para definir la idea de los «museos nacionales», que fue rápidamente adoptada en varias sedes del Imperio austríaco, Dinamarca, Suecia y, especialmente, Prusia y los estados alemanes que, habiendo formado parte de la Confederación del Rin, se encontraron bajo la égida prusiana desde el final de las guerras napoleónicas. Esencialmente en los territorios alemanes y escandinavos, el conocimiento del pasado adquirirá un planteamiento totalmente diferente al desarrollado en la cuenca mediterránea, al no haber formado parte de la Europa romanizada como consecuencia del fracaso de la expansión romana tras el desastre de Teutoburgo en el año 9 d.C. Por ello, la creación de un pasado nacional dependerá esencialmente del redescubrimiento de los textos clásicos que, como la obra de Tácito, servirán para definir un pasado heroico común a la nación germana, y crear unas señas de identidad que entroncarán con el nacionalismo germano del siglo xix directamente desde las comunidades protohistóricas, previo paso por los reinos de la Edad Media. La investigación prehistórica será, en consecuencia, una de las claves de su política cultural, pero también la búsqueda de relaciones con el clasicismo griego que confluirán en último extremo en el proceso de sublimación ario apoyado por arqueólogos y prehistoriadores tras la Primera Guerra

Mundial. Las revoluciones liberales y los procesos de unificación territorial representaron un cambio en la dinámica de la investigación. La identidad nacional, el derecho a ocupar un territorio, la creación de falsas interpretaciones históricas como refuerzo y coartada de las estructuras de los estados y su expansionismo supusieron la potenciación de la investigación de los diferentes «pasados nacionales», en muchas ocasiones con la intención de vertebrar elementos heroizantes y de cohesión mitificados, como muestra la voluntad de Napoleón III por identificar y excavar el enclave de Alesia, con el fin de convertir a Vercingétorix y la tribus galas en el primer eslabón de la nación francesa unificada. Los conceptos raciales, pero esencialmente los lingüísticos, tendrán un papel determinante en este proceso.

La definición de una «historia nacional» basada en el estudio del pasado tuvo dos consecuencias académicas: la organización de reuniones científicas para la difusión progresiva de los hallazgos, y la creación a diversos niveles de instituciones, públicas o privadas, destinadas a su documentación, conservación y difusión. La lectura del trabajo muestra claramente cómo la arqueología no puede considerarse una «ciencia inocente». Políticos y pensadores comprendieron desde finales del siglo XVIII las connotaciones que el estudio del pasado podía proporcionar como armazón ideológica del presente, así como las posibilidades de su lectura nacionalista. La arqueología colonial no puede, con todo, considerarse un fenómeno estrictamente correspondiente al siglo XIX. En el caso español, uno de los menos tratados en la obra y que merecería un estudio específico tanto por la actuación en el protectorado de Marruecos desde mediados del siglo, como por la influencia de las expediciones privadas (caso de Eduardo Toda a Egipto) o públicas (expedición del navío *Arapiles* para la documentación y compra de antigüedades en el Mediterráneo oriental) en la formación del clasicismo en España, la definición de la «arqueología colonial» alcanza hasta mediados del siglo XX, y su lectura ideológica, especialmente tras la Guerra Civil, constituyó uno de los soportes ideológicos del franquismo.

La excelente síntesis de Díaz-Andreu supone un claro avance en la historiografía arqueológica respecto a trabajos anteriores como los de Gran-Aymerich (2001) y Trigger (1989), puesto que, en el primer caso, el grueso del trabajo estaba compuesto por una extensísima aproximación biográfica a los investigadores del período 1798-1945 (pp. 532-1271), basada esencialmente en material publicado y no en fuentes originales que, al menos por lo que respecta a los prehistoriadores y arqueólogos españoles, constituye más una hagiografía de los personajes que un análisis crítico de su trayectoria académica e investigadora. Del mismo modo, el análisis realizado sobre las primeras instituciones modernas entre 1848 y 1885 (pp. 141-265) y la llamada «arqueología moderna» (1885-1945) se centra especialmente en la problemática del caso francés y no presenta una visión global de los diversos enfoques de la arqueología durante el siglo XX. Asimismo las referencias al proceso de institucionalización de la arqueología en España, tanto a partir de las actuaciones de la RAH, como de la JSEA o del IEC, son reducidas y de nuevo una síntesis de la información ya publicada. En todo caso, lo indicado no es óbice para considerar el trabajo de Gran-Aymerich como una interesante recopilación de información, aunque carente del

análisis de las implicaciones políticas y sociales que la universalización de la investigación arqueológica representó.

En el momento de su publicación, la obra de B.G. Trigger supuso un importante avance para el reconocimiento de la historiografía de la arqueología como una parte fundamental en la historia de la ciencia, un impacto que aún fue mayor en España tras su traducción (1992), debido a que el desarrollo de los estudios historiográficos en España ha experimentado un aumento exponencial a partir, precisamente, de 1995. Sin embargo, la misma amplitud de la obra, cuyo contenido temático arranca en la Edad Media y se extiende hasta el presente, condiciona que el análisis de la «arqueología colonial» se concentre tan sólo en una parte de los capítulos 4 y 5, y aún con una visión territorial en la que el peso se decanta hacia Estados Unidos y Australia, reduciendo considerablemente el estudio del impacto de la expansión europea durante dicho período. Del mismo modo, las referencias a la problemática hispana en la obra de Trigger son casi inexistentes, por lo que, aunque presenta una visión mucho más analítica y crítica de los procesos que la obra de Gran-Aymerich, ésta última aporta un mayor número de datos sobre la Península Ibérica. De hecho, una característica común en la producción bibliográfica anglosajona es la opacidad con la que trata la investigación arqueológica en España, un hecho que, además de suponer la exclusión de uno de los territorios motrices del conocimiento del pasado, supone una grave ignorancia de su peso específico en la articulación de la ciencia arqueológica en Europa, puesto que, a modo de ejemplo, minimiza el papel de investigadores como Hugo Obermaier o Pere Bosch Gimpera, decisivo en dicha vertebración, a partir, por ejemplo, de los contactos previos y la posterior reunión de Berna, en 1931, en la que se establecieron los Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (CISPP).

Realizada la comparación con las dos obras indicadas, a las que podrían sumarse otras como la de A. Schnapp, cabe concluir que, pese a las matizaciones indicadas, el trabajo de Díaz-Andreu supone el primer estudio de conjunto al problema, partiendo de una perspectiva analítica y crítica sobre el papel desempeñado por la arqueología —y por los arqueólogos— en la formación e interpretación del pasado durante el siglo xx, una época en la que claramente la ciencia era, en muchas ocasiones, un argumento más para la aplicación y el predominio de ideas políticas. Una peligrosa relación entre el mundo del conocimiento y el del gobierno que, con connotaciones nacionalistas, imperialistas y racistas, se potenciará durante la primera mitad del siglo xx y alcanzará su mayor grado de perversión a lo largo de la Segunda Guerra Mundial.

*Francisco Gracia Alonso*

### **Bibliografía**

ARNOLD, B., 1990, The Past and Propaganda. Totalitarian Archaeology in Nazi Germany, *Antiquity* 64, 464-478.

CHAPOUTOT, J., 2008, *Le national-socialisme et l'Antiquité*, Puf, París.

- DÍAZ-ANDREU, M. y CHAMPION, T. (eds.), 1996, *Nationalism and Archaeology in Europe*, UCL Press, Londres.
- DÍAZ-ANDREU, M. y SORENSEN, M.L., 1998, *Excavating Women. A History of Women in European Archaeology*, Routledge, Londres.
- GRACIA, F., 2009, *La arqueología durante el primer franquismo (1939-1956)*, Bellaterra, Barcelona.
- GRAN-AYMERICH, È., 2001, *Les chercheurs de passé 1798-1945. Aux sources de l'archéologie*, CNRS, París.
- HÄRKE, H. (coord.), 2000, *Archaeology, Ideology and Society. The German Experience*, Peter Lang, Francfort.
- LEGENDRE, J. P., OLIVIER, L. y SCHNITZLER, B., 2007, *L'archéologie nazie en Europe de l'Ouest*, In Folio, París.
- PRINGLE, H., 2007, *El plan maestro. Arqueología fantástica al servicio del régimen nazi*, Debate, Barcelona.
- SCHNAPP, A., 1981, Archéologie, archéologues et nazisme, M. OLENDER (coord.), *Le nazisme, mythes et sciences*, Complexe, Bruselas, 289-315.
- SCHNAPP, A., 1993, *La conquête du passé: aux origines de l'archéologie*, Carré, París.
- TRIGGER, B. G., 1989, *A History of Archaeological Thought*, Cambridge University Press. Traducción Castellana: *Historia del pensamiento arqueológico*, Crítica, Barcelona, 1992.
- WULFF, F. y ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M., 2003, *Antigüedad y franquismo (1936-1975)*, Diputación de Málaga, Málaga.

---

**GRACIA ALONSO, Francisco**, *La arqueología durante el primer franquismo (1939-1956)*, Edicions Bellaterra, col. Arqueología, 551 p., Barcelona, 2009, ISBN 13: 978-84-7290-462-0.

---

Aquesta obra del professor Gracia que ara veu la llum és el resultat d'una llarga sèrie de recerques historiogràfiques que l'autor ha emprès durant la darrera dècada. L'interès per la historiografia arrenca en el seu cas del desig de resseguir la petjada de Bosch Gimpera en l'arqueologia catalana, espanyola i internacional; aquesta feina l'ha dut a aprofundir en d'altres qüestions relacionades amb la postguerra espanyola, sobre les quals ha publicat ja documentats i interessants articles, com ara els que fan referència als batallons de presoners emprats com a mà d'obra a Empúries, la presència de significatius capitosts de *Das Ahnenerbe* a l'Espanya de la primera meitat dels anys 40, el paper que va tenir Bosch a la UNESCO o les depuracions del Museu Arqueològic de Barcelona.

Ara, però, veiem com als temes abans esmentats s'apleguen d'altres amb la voluntat de confegir una visió de conjunt que no havia estat abordada fins avui en la historiografia de l'arqueologia espanyola. La detalladíssima recerca en tota mena d'arxius, públics i privats, ha portat l'autor a exhumar documents inèdits que ens parlen de les trames, visibles i ocultes, que condicionaren els esdeveniments relacionats amb la política arqueològica espanyola durant gairebé dues dècades. Sense que aquests textos canviïn substan-